

-Jaque Mate.

Eso es lo único que esta tarde voy a decir. Un simple Jaque Mate. Sin más.

Llegaré, me sentaré a la mesa, prepararé mis fichas, como siempre serán las negras y esperaré a que mi contrincante aparezca. El mismo protocolo de siempre.

El juego dará comienzo.

Esperaré a que él, o ella, marque es estúpida sonrisita en su cara. Esperaré a que abra la puerta de su ilusión. A que muestre esa sonrisa, símbolo evidente de la explosión de sangre en el estúpido cerebro de un perdedor, que contrae los músculos al creer en la esperanza de conquistar la victoria. Esperaré. Tranquilo, muy tranquilo. Ese momento, ese precioso momento. Disfrutaré, lo disfrutaré durante unos instantes, le miraré a la cara y despacito, muy despacito, me dejaré embriagar por esa sensación, cerraré los ojos, saborearé, la moveré de un lado a otro del paladar, respiraré suavemente y su aroma nublará la Realidad... Entonces, le volveré a mirar a la cara, fijamente. Él, o ella, también me estará mirando. Y su estúpida sonrisa se transformará en el color más pálido con el que el pánico pueda teñir su rostro, al percatarse, poco a poco, que ha caído en la trampa. Como un minúsculo animalillo habrá caído en mi trampa. Mirará al tablero y mientras intenta controlar los espasmos de su corazón, con un dedo, con un solo dedo, derribaré el Rey y diré:

- Jaque Mate.

El único requisito que impongo para prestarme a estas partidas de aficionados, es poder jugar con las fichas negras. Solamente juego con mis fichas negras. Jamás lo hago con otras. Y mucho menos si son blancas. Sólo pido eso. Si no está de acuerdo, cierro mi estuche y me marcho en silencio. Lo más importante del ajedrez, es el silencio.

Siempre es lo mismo. Todo se repite, una y otra vez. Nunca cambia. Desde el momento en el que suena el teléfono, sé que todo volverá a repetirse. Dejo que suene ocho veces. Descuelgo y espero. Nunca hablo yo primero. Siempre espero a que pregunten. Las partidas se acuerdan con un día de antelación. Una vez que mis condiciones son aceptadas, memorizo dirección y hora. Nunca lo apunto. Dejo el

auricular sobre la mesa. Cuento asta ocho. Mi interlocutor ya habrá colgado. Entonces lo hago yo.

No importa lo que estuviera haciendo. Una vez que cuelgo el teléfono no hay vuelta atrás. Ya no hay Nada más. Me pongo el abrigo. Salgo y cierro la puerta. Todo ha vuelto a empezar.

Bajo a la calle y comienzo a andar. La dirección siempre es la misma. Fijo la mirada en el suelo mientras camino contando los baldosines de la calle. Cuento hasta llegar al octavo. El noveno nunca lo piso y comienzo de nuevo la cuenta. Llego hasta el metro. Bajo las escaleras y me dirijo al andén de la izquierda, Da igual la hora que sea. Recorro los vagones de la misma línea una y otra vez, en un sentido y en el otro. Nunca me siento. Nunca miro a Nadie. Nadie nunca me mira.

Cuento los zapatos de color rojo.

Es lo único que hago. Sólo me interesan los zapatos de este color. Los demás carecen de cualquier interés. Cuento los que hay en cada vagón. Al llegar a la última parada, simplemente, los olvido. Cambio de andén y vuelvo a empezar.

Así hasta que llega el último tren. Nunca sé el tiempo que he pasado. Me subo al tren, en el tercer vagón empezando por detrás. Me sitúo en el centro del vagón. Entonces es el momento de volver a casa.



Disfruto contando los zapatos de color rojo. Paso días enteros en el metro contando zapatos de color rojo. No sé qué haría si él, o ella, calzase zapatos de color rojo.

Si tuviera zapatos de color rojo no me haría falta pensar. Si piensas, el tiempo te atrapa y estás perdido. El metro retiene el tiempo. Sólo hace falta regresar al lugar de partida y todo vuelve a empezar. Dentro del metro Nada cambia. Nunca. Ni el tiempo ni el espacio. Sólo cambia el número de zapatos de color rojo. Por eso, es necesario olvidarlos.

Cuando regreso a casa ya es bien entrada la noche. No me cruzo con Nadie. Nadie se cruza conmigo.

Entro, dejo el abrigo sobre la cama, me dirijo al pasillo y apago la luz. Mi pasillo se recorre exactamente en diez pasos. Solamente atravieso ocho de ellos. Los ocho centrales. Los dos restantes quedan excluidos.

La noche pasa rápido cuando, a oscuras, recorres incansable de un lado a otro el pasillo contando uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho.

Al amanecer me acerco a la habitación. Del armario saco una maleta de color negro. El negro es el color más bello que jamás ha existido. También es el más silencioso. Y en el ajedrez lo más importante es el silencio. La arrastro hasta el baño y la dejo en el suelo, justamente en el centro del habitáculo. Sustraigo de la maleta un estuche de color negro. Lo abro y cuento mis fichas de color negro, colocadas en dos filas. Una dos tres cuatro cinco seis siete ocho. Una dos tres cuatro cinco seis siete ocho. Cierro el estuche y lo coloco junto al espejo. De la maleta saco una camisa de color negro, un traje de color negro unos calcetines de color negro y unos zapatos de color negro. Me lo pongo. Observo el espejo fijamente.

- Jaque Mate.

Eso es lo único que esta tarde voy a decir. Un simple Jaque Mate. Sin más.

Ya está todo preparado. Ya me he vestido y he recogido mis fichas. Ahora tan solo he de aguardar a que llegue la hora. Aún faltan horas para acudir a la cita.

Me dirijo al metro.

El metro a esta hora está repleto. Puede que apenas puedas respirar, pero al contrario de lo que opina mucha gente es cuando más solo te encuentras. Nadie te mira. No puedes mirar a Nadie. Puedes dedicarte exclusivamente a contar zapatos de color rojo. Es como si el metro no existiese, como si la gente que viaja en el metro no existiese. Todo está a oscuras, no puedes verle la cara a Nadie, ni siquiera adivinas su silueta. Pero las puertas se abren y entra más oscuridad, hasta que se iluminan unos zapatos de color rojo. Entonces te das cuenta que entre toda la oscuridad, tus ojos pueden ver Algo. La oscuridad es de color negro. Los zapatos, de color rojo. El negro es el color más bonito que existe. Los zapatos de color rojo se iluminan en la oscuridad. Por eso, al llegar al final del tren es necesario olvidarlos.

Hoy yo me voy a dar el capricho de jugar con él, o con ella. Hoy no esperaré a su sonrisa. Finiquitaré la partida en pocas jugadas. En Realidad, hoy no tengo apetito. Serán ocho jugadas a partir de que él, o ella, efectúe el octavo movimiento de la Reina. Esa será la clave para acabar la partida. En el momento en que mueva ocho veces la Reina, acabará la partida.

El ajedrez es el único lugar donde lo más importante es el verdadero silencio. El metro son muchos lugares en el mismo lugar. El metro no existe. El metro es un no-lugar. Por eso juego al ajedrez.

Creo que debería vivir aquí. Salir únicamente para jugar alguna partida. Tendría que empezar a jugar las partidas por la noche. Entonces por el día estaría refugiado en el metro. Por la noche, cuando el día está a oscuras, saldría a encontrarme con el ajedrez. Lo más importante en el ajedrez es el silencio. Él, o ella, nunca hablan. Tú le miras. Él, o ella, también te mira. Pero nunca se rompe el silencio. Cuando se juega al ajedrez y cuando se viaja en metro son los únicos momentos en los que uno se puede encontrar el silencio. En cualquier otro sitio siempre habrá Algo que rompa el silencio. Si en medio de un bosque te cruzas con Alguien, seguro que te saludará. El metro está lleno de gente que jamás se ha saludado. Por eso juego al ajedrez y viajo en metro.

Siempre pienso que debería comprarme unos zapatos de color rojo, pero la última estación me recuerda que tengo que olvidarlo. Si tuviera unos zapatos de color rojo no me haría falta jugar al ajedrez. Al contrario de lo que cree pensar mucha gente, cuando crees que juegas al ajedrez no piensas. Vives. El tablero de ajedrez es lo más parecido a lo que puede ser la vida.

En Realidad, a mi no me gusta vivir.

Ya es la hora. Lo sé. No hay vuelta atrás. Nadie podrá decirme que no sé cuando llega el momento. Soy experto en saberlo. Y ese momento es ahora. Debo bajar del vagón, acercarme poco a poco a las escaleras y dirigirme, sin mirar atrás, hacia la salida.

Lo piensas bien, no te queda elección. Darás un paso, otro, otro más, así hasta ocho. Se abrirán las puertas del vagón. Es la hora. Siempre creo que esta será la última partida. Si das un paso más te encontrarás fuera del vagón. La oscuridad está en silencio. Siempre hay un punto sin retorno. Si das un paso más, no te darás cuenta y aparecerás en el otro lado. Jamás podrás volver. En la oscuridad sólo soy capaz de distinguir zapatos de color rojo. Estoy preparado. Uno dos tres cuatro cinco seis

siete ocho. Mi cara roza el cristal de la puerta. El tren llega a la estación. Es la hora.

Las puertas del vagón no se abren. Yo, continuo dentro.

Creo que lo que estoy sintiendo en la cara es la gota de sudor más fría que jamás haya nacido de mi frente y haya surcado mi rostro helando todo lo que encuentra en su camino. Ya ves, las puertas no se han abierto. Por mucho que intentase abrirlas a la fuerza me sería imposible conseguirlo. Dejando a un lado que no soy lo suficientemente fuerte para hacerlo, he de considerar la idea de que mi cuerpo ha quedado paralizado ante la visión de la expresión de espanto que mis ojos reflejen en el cristal de la puerta que no se ha abierto.

Veo como a través del cristal la estación comienza a andar, cada vez más deprisa, corre, hasta que llega la oscuridad. La llegada del túnel parece devolverme la conciencia. Me dirijo al fondo del vagón. No sé que ha pasado. Junto a la pared, me dejo sentar en el suelo. Esta era mi última partida. Toda está en silencio.

No sé como me llamo. No sé quién soy. Solamente sé que mi traje de color negro está completamente bañado en sudor. A mí alrededor no hay Nada. Estoy sentado y un círculo de luz que no veo pero siento, me rodea y me separa de la oscuridad. La oscuridad está en silencio y yo estoy iluminado.

El tren se detiene. Alzo la vista. Hemos llegado a una estación que no existe. Yo continuo sentado en el suelo del vagón. Nada existe. Nada existe. Pero esta estación estoy completamente seguro que no existe. La única puerta que se abre es la que está situada al otro extremo del vagón. Veo como una niña vestida de muchas maneras a la vez y de ninguna en concreto, entra en el vagón escoltada por una mujer sin forma que sostiene en sus brazos un enorme Algo.

El tren se pone en marcha.

La niña, la mujer sin forma y Algo, alcanzan el inicio del pasillo. Como en un juego, la niña mira a su alrededor, da un paso y señala con el dedo a gente que no veo. Mira fijamente y con la cabeza niega. Parece como si estuviera contando y eligiendo. Da otro paso y vuelve a señalar. No. Otro paso y señala. No. Paso señala. No. Paso señala. No. Paso señala. No. Paso señala... Se sitúa delante de mí.

- Señor, ¿sabe una cosa? A usted no le gusta jugar al ajedrez.

No soy capaz de articular palabra. Su hermosura es increíble, pero a la vez, recoge en su rostro todos los rostros que odia la Belleza. No entiendo el sentido de su afirmación. Pero ahora me da igual. La niña me mira fijamente. Sus ojos contienen la mirada inocente de Alguien que no existe en la Realidad.

- Fíjese, señor, míreles. No existen.

Si pudiera hablar, la preguntaría como se llama, quién es, qué hace aquí. Pero sobre todo, la preguntaría de que color tiene los ojos.

- Venga rápido, levántese. Venga conmigo. Va a ser la hora.

¿La hora de qué? La niña extiende la mano y la ofrece para que yo la coja entre las mías. Me hace un gesto con la cabeza señalándome que la siga. Yo lo hago. Andamos por el pasillo. Al octavo paso nos detenemos. Todo está en silencio. Nos hemos parado junto a la mujer sin forma que continua teniendo Algo entre sus brazos.

- Espere un momento, señor, todavía no le toca mover a usted. Sí, ahora, acérquese, no se mueva de aquí. Mire fijamente por el cristal. Y ante todo, guarde silencio.

- Ah, recuerde. Nada tiene importancia. El ajedrez también.

Obedezco. Miro fijamente al cristal, en el punto exacto que la niña me ha indicado. El tren comienza a frenar. El túnel se acaba. Entramos en una nueva estación, la cual, esta vez sí, estoy convencido que existe. Todo continua a oscuras. Escucho como se acerca el tren que viene en sentido contrario, pero yo continuo sin moverme. Miro fijamente. Mi tren se detiene. El Otro también. La gota de sudor que ahora me recorre la cara helando todo lo que encuentra en su camino se debe a la expresión de unos ojos que me miran. Todo continua a oscuras. Todo, menos aquel hombre vestido de blanco que, desde el Otro tren, fijamente clava, sin inmutarse, sus ojos en los míos.

El tren comienza a moverse. Pierdo la mirada del Otro. Miro el suelo y recuerdo a la niña. Rápidamente me giro para buscarla. No la veo. No está. Por el cristal del vagón la encuentro en el andén de la estación que estoy abandonando, jugando en un columpio empujado por la mujer sin forma, sonriendo y diciéndome adiós con la mano. Me gustaría caer al suelo de rodillas, agarrarme la cara con las dos manos y romper a llorar. Me gustaría soñar vivo. Me gustaría sentir lo que siente la palabra cuando es cantada por la voz más triste de las más triste cantante de ópera. Me gustaría que el latido de un piano me acompañara

en este momento. Pero este momento está en silencio. Pero este momento no me gusta. Pero, y si el piano tocase más deprisa, y si dejase de ser un latido y comenzase una melodía. Entonces viviría que estoy soñando. Entonces Nadie vestido de blanco me habría mirado desde aquel Otro vagón.

Continuo aquí. No caí de rodillas. No soñé que estoy viviendo. Continuo en el vagón que no quiso abrirme. No me he movido. Pero esta vez no hay Nada que me lo impida. Simplemente no me he movido. Si llegara una estación me bajaría del tren, sin más.

Ahora ya todo da igual. El andén de la estación está completamente a oscuras. Siento como gente que no puedo ver transita de un lado a otro sin parar. Una corriente de humana oscuridad fluye alrededor mío pero ni tan siquiera me roza. Me esquivan sin mirarme. Me esquivan como si no existiese, como si no estuviese aquí. Ellos tienen razón, yo no estoy aquí, Nada está aquí, Nada está aquí. Sólo hay un grito que no habla que calza zapatos de color rojo.

El ajedrez es un cuadrado con ocho cuadrados. La vida no tiene ni eso. La vida miente, te dice que esperes, que siempre hay Esperanza. Y tú, decides dejarte llevar y acabar cayendo en su terreno. Entonces ella te empuja, te arrastra, te destroza. Hace que la necesites, que la ames, que la detestes. Llegan los temblores, el sudor. Intentas recuperar alguna imagen de ella que pueda paliar las arcadas que te produce su ausencia. Es la vida que tienes que robar a estúpidos aficionados al ajedrez. Es ella. Es la vida que les robas de la mirada. Esperas a que te abran la puerta y se las robas a esos estúpidos. El problema te alcanza cuando las puertas del metro permanecen cerradas.

Si miro mi mano me daré cuenta que está temblando. Subo las escaleras y salgo a la calle. No veo a Nadie. Pero en Realidad nunca lo veo. Cómo se puede saber si Alguien existe no le ves. Nadie existe. Escondo las manos en los bolsillos del pantalón. Si hubiera Luna estaría preciosa. Me dirijo a casa descontando los baldosines.

Todo continua tal como lo dejé. Pueden pasar horas, días, pero cuando no hay Nada, Nada cambia. Para arrancarme una sonrisa decido pensar en lo estúpido que debía estar ahí plantado, con la cara puesta en la puerta esperando que se abriera, y va y no se abre. Lo mejor será acabar con todo esto. Cambiarme de ropa y descolgar el teléfono para siempre. Nunca volverá a sonar.

Detrás de aquella puerta está el baño. En el baño está el espejo donde me solía mirar fijamente antes de cada partida. Esa será la clave. La clave para terminar. Me miraré por última vez en el espejo. Dejaré que el reflejo me mire. No volveré a jugar a l ajedrez. Doy los ocho pasos pertinentes para recorrer el pasillo. Aquí está la puerta. El pasillo está a oscuras. Pero, hay una débil franja de luz que se escapa y se arrastra por debajo de la puerta de mi habitación. Me acerco a la puerta. Sitúo mi oído junto a ella pero no escucho Nada. Ahora...

- Clack.

Es el sonido del pomo de la puerta de mi habitación avisándome que se va a abrir. Tiemblo. Es el sonido de la puerta avisándome de que no estoy solo en mi casa. De espaldas corro a refugiarme en el salón. La puerta se abre. La luz deja de arrastrarse y se levanta para invadir la mitad del pasillo. ¿Quién es? ¿Quién puede ser? No es Nadie. No puede ser Nadie. Veo una silueta. Dejo derramar una lágrima en mi cara. Arrastra una maleta. Una maleta color blanco. Lleva un traje. Un traje de color blanco. Y unos calcetines y unos zapatos. Unos zapatos de color blanco. Yo no sé que él sabe quién soy. Yo sé que él no es. Yo no existo. Yo soy Nadie. Él soy yo. ÉL lleva un traje de color blanco. Yo, uno de color negro. Me incorporo y piso el pasillo. Él me ha visto y desde el Otro lado del pasillo me mira. Frente a frente. Todo está en silencio. Mi cara deja escapar una sonrisa. Y una lágrima. Ya lo he entendido. Me doy la vuelta y salgo corriendo.

Bajo a la calle, en la misma dirección de siempre. Fijo la mirada en el suelo. Aunque esta vez, la carrera apenas me permita contar los baldosines. El metro está repleto de gente. Gente que ya no sé si veo o no veo. Llego al andén. Mis ojos están inundados de lágrimas, pero a la vez estoy sereno. Ya no tiemblo. Un poco nervioso, sí, pero ya no tiemblo. En el ajedrez lo más importante es el silencio. Él, o ella, te mira. Tú, le miras, pero todo está en silencio. Él llevaba un traje de color blanco. Él me miraba desde el Otro lado del pasillo. Él era yo. Y a sabes, ocho pasos. Es el momento. Nadie me puede acusar de no saber cuando es el momento. El momento es ahora. Séptimo paso. Sólo resta uno. Estoy en el borde del andén. El ajedrez es como la vida. Y a mi no me gusta jugar al ajedrez. Estoy convencido que si miro hacia abajo descubriré que mis pies calzan unos preciosos zapatos de color rojo. Y ano tendré que pensar. Ya no tengo que pensar. El negro es el color más hermoso que existe. Pero mis zapatos... mis zapatos de color rojo son los más bonitos de todos. El tren llega. Octavo paso. El vacío me acoge en su regazo. La experiencia última. Mientras me dejo caer, giro despacio la cabeza y veo

una niña vestida de muchas maneras ala vez sonriendo. Sonriendo dulcemente. Me mira. Ella también lleva zapatos de color rojo. Se acerca a mí. El tren ha llegado. Me susurra al oído:

- Jaque Mate.

Ismael Canoyra Úbeda